

EN una de aquellas breves notas que, en las primeras horas de la mañana, escribía diariamente Paul Valery, como síntesis de su infatigable pensamiento y de su curiosidad universal, sobre los temas más diversos, aparece esta penetrante y casi paradójica afirmación:

«Un jefe es un hombre que necesita de los demás.»

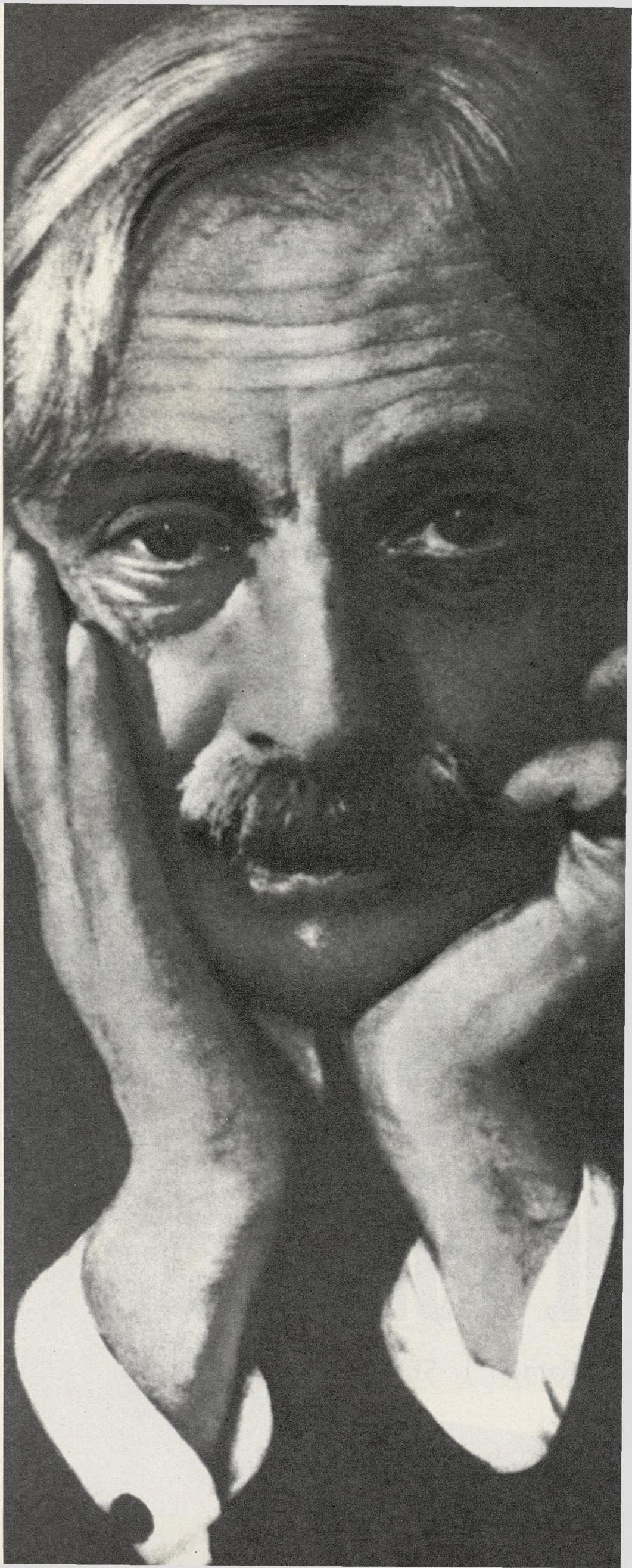
En su deslumbrante y clara sencillez es tan asombrosa y rica de contenido que termina por ser difícil de comprender en toda su significación. No desarrolla Valery su tema. Era solamente aquella observación, aquel inesperado aspecto que presenta de pronto bajo otra luz una realidad que se tenía por conocida, lo que parece interesarle. Con su menuda letra, en la soledad silenciosa del amanecer, quedaba allí para más adelante o para más nunca, aquella revelación perturbadora y acaso cruel, en el mismo sentido en que él llamaba en uno de sus grandes poemas «cruel» a Zenón de Elea por la famosa e inagotable paradoja de la flecha disparada que, sin embargo, está quieta en cada uno de sus instantes, que fue lo mismo que veinticinco siglos más tarde, con menos penetración, pero con resultados mucho más prácticos, encontraron los inventores del cinematógrafo.

Se necesita ser aquella fina e incisiva máquina de entender y penetrar que era la inteligencia de Valery para caer tan atinadamente sobre aquella contradictoria verdad.

Los historiadores, los sociólogos y las muchedumbres enardecidas, para no hablar de los pintores de género y de los autores de grandes dramas de época, han mirado siempre al jefe como el guía, como la personificación de la historia, como aquel que la mayoría de los hombres sin rumbo y sin luz necesitan para salir de la oscuridad y encontrar el camino de salvación.

Se requería de una mentalidad tan duramente antiromántica para desmontar de una mirada todo el teatro histórico del romanticismo y toda la decoración heroica que tanto había complacido a Shakespeare o a Byron o a Victor Hugo. Si un pensamiento semejante hubiera caído sobre el papel en que Carlyle escribía su obra sobre los héroes lo hubiera hecho saltar horrorizado, como si una araña venenosa hubiera aparecido entre sus manos.

Tal vez para llegar hasta su paradoja le bastó a Valery un simple cambio de perspectiva. Todos veían la pirámide desde abajo o desde arriba, él, simplemente, con su mirada segura le hace un corte horizontal, y encuentra sorprendentemente que el hombre de poder es precisamente aquel que nada puede sin los demás. Tenía que ser un descubrimiento típico de intelectual, de ser hecho al solitario juego del pensamiento. ¿Para qué necesitaba Zenón de los demás para expresar su paradoja? Tal vez, más bien, los demás con su cúmulo de ideas recibidas podían estorbarle



para hallarla. ¿Para qué necesitaba, a la hora de escribir su «Kubla Kan», de los demás un hombre como Coleridge? Más bien por culpa de los demás, o por lo menos de aquel que tan intempestiva e irreparablemente vino a interrumpirlo en el momento en que el poema se iba formando milagrosamente ante sus ojos, no tenemos hoy sino un fragmento de aquel prodigio de creación verbal.

Es, en cambio, cierto que sin los demás no tendríamos en el pasado ni a Alejandro, ni a César, ni a Augusto, ni en el cercano presente a Hitler o a Stalin. No hubieran podido hacer nada de lo que hicieron sin los demás. Fueron los demás quienes les proporcionaron la fuerza y la posibilidad para realizar sus temibles proyectos.

No es, naturalmente, Paul Valery el primero que haya observado esta paradoja del poder. Como a diferencia del artista y del pensador el jefe es el hombre que necesita de los demás y que, en gran parte, es hecho por los demás. Esteban de la Boetie, el amigo de Montaigne, había escrito en el siglo XVI que el tirano era más poderoso que todos los demás hombres porque éstos precisamente le daban sus brazos, sus ojos, sus oídos y sus voces para que pudiera sobrepasar aparentemente los límites de su condición humana.

Mucho se ha escrito desde entonces sobre la naturaleza del poder y sobre las contradictorias características del fenómeno de la autoridad, que es el fenómeno político por excelencia. ¿Por qué uno o muy pocos mandan y los demás obedecen? Desde la tribu primitiva hasta los modernos Estados. Los antropólogos, los psicólogos y los sociólogos tienen muchas respuestas, poco coincidentes, que van desde la magia hasta la economía.

Pero se necesita tropezar de pronto con Paul Valery para caer sorpresivamente en aquello. Simplemente porque él no explica sino que halla, que es lo propio de los poetas. Y dice lo que en otras formas muchas veces habíamos oído, pero que de pronto nos parece que así, con toda su avasallante significación total, nadie lo había dicho.

Esto no hace que el jefe valga menos, ni que los demás valgan más, esto no hace sino revelar de nuevo, y de un modo inquietante, uno de los misterios que hacen la inagotable riqueza del hombre.

Es como hallar de pronto el verdadero sentido de las palabras que todos habían usado desde siempre sin percatarse de que podían significar aquello también. Que es precisamente el don de la verdadera poesía.

Desde la imagen de Valery podríamos mirar hacia atrás la historia casi con otra perspectiva. Podemos ver solos a Aristóteles y a Virgilio, a Dante y hasta al mismo Maquiavelo, porque para escribir al «Príncipe» tuvo que quedarse finalmente solo, pero en cambio César y su numerosa descendencia, representa al hombre que no puede concebirse solo porque, para repetirlo nuevamente con Valery «necesita de los demás».

ELLA RUSSELL

VALERY Y EL PODER



Por ARTURO USLAR PIETRI

